



Historias de Plinio

Francisco García Pavón

El protagonista D. Manuel González, alias *Plinio*, jefe de la Guardia Municipal en Tomelloso, con su gorra de plato y su guerrera azul, el revólver en su parte derecha y de pocas palabras, junto a su inseparable amigo, el veterinario del pueblo, D. Lotario, investigarán cuantos casos criminales sucedidos en la población se produzcan.

Las historias de *Plinio* son el inicio de la novela policíaca española, el reflejo de un mundo cambiante y una muestra de excelencia literaria cargada de ironía e intriga. Francisco García Pavón es, sin duda, el pionero de la novela policíaca de calidad y Manuel González, *Plinio*, su protagonista, es el primer personaje plenamente español alejado de los trillados paradigmas de la novela negra anglosajona; García Pavón no adapta sino que crea un personaje complejo, completo, humano y que es jefe de la policía municipal de Tomelloso.

Plinio es un personaje real, vivaz y que es mucho más que el mero investigador de un caso; es el centro a través del cual se explican muchas otras historias que, a menudo, se convierten en una segunda razón de ser de la obra. García Pavón conjuga en estas historias el humor, el retrato minucioso, el costumbrismo y la intriga con un estilo que roza la perfección.

*A mi hijo Javier, que
sueña con pistolas y
policías prodigiosos.*

BREVE NOTICIA DE «PLINIO»
(A manera de prólogo)

En España nunca creció de manera vigorosa y diferenciada la novela policíaca y de aventuras. Lectores hay a miles. Transcriptores, simuladores y traductores de las novelas policíacas de otras geografías, a cientos. Nuestra literatura de cordel y crónica negra cuenta desastres y escatologías para todos los gustos y medidas; sin embargo, al escritor español, tan radical en sus gustos y disgustos, nunca le tentó este género que, tratado con arte e intención, podía haber alumbrado muchas parcelas de nuestra vida y distraído a infinitos lectores.

Yo siempre tuve la vaga idea de escribir novelas policíacas muy españolas y con el mayor talento literario que Dios se permitiera prestarme. Novelas con la suficiente suspensión para el lector superficial que sólo quiere excitar sus nervios y la necesaria altura para que al lector sensible no se le cayeran de las manos.

Conocía un ambiente entre rural y provinciano muy bien aprendido: el de mi pueblo, Tomelloso. Unos tipos, costumbres y verbo popular que asomaron en mis libros más queridos: *Cuentos de mamá*, *Cuentos republicanos* y *Los liberales*. Sólo me faltaba encontrar al «detective», ya que los «cacos» se me darían por añadidura. A falta de imaginación, me bastaría recordar averías humanas y crímenes de por aquellas tierras que oí contar muchas veces y que algunas fueron afamadas en romances de ciego.

Desgraciadamente en mi pueblo nunca hubo un policía de talla, es natural. Pero sí hubo un cierto jefe de la Guardia Municipal, cuyo físico, ademanes, manera de mirar, de palpase el sable y el revólver, desde chico me hicieron mu-

cha gracia. El hombre, claro está, no pasó en su larga vida de servir a los alcaldes que le cupieron en suerte y apresar rateros, gitanos y placeras. Pero yo, observándole en el Casino o en la puerta del Ayuntamiento, daba en imaginármelo en aventuras de mayor empeño y lucimiento.

Por fácil concatenación, hace pocos años se me ocurrió que mi «detective» podría ser aquel jefe de la Guardia Municipal de Tomelloso, que en seguida bauticé como *Plinio*, e intenté mi primera salida aplicándolo a desentrañar el famoso caso de las «Cuestas del hermano Diego», que me habían referido tantas veces camino de Manzanares, en cuyo «carreterín» se encuentran. Así surgió mi novela breve titulada *Los carros vacíos*, publicada por «Alfaguara», en su colección «La novela popular».

Como la crítica me alabó el invento, inmediatamente escribí dos novelitas más: *El carnaval* y *El charco de sangre*, que componen este tomo. Aunque estos últimos «casos» son completamente imaginados, procuro retratar o reinventar tipos reales o propios del ambiente. Casos y tipos en proporción con el marco popular y la modesta ejecutoria de mi «agente» *Plinio*.

Si a ustedes les gustan estas andanzas de Manuel González, alias *Plinio*, y su amigo don Lotario, el veterinario, creo que me animaré a sacar nuevas páginas de sus modestas y grandes historias^[1]. Y si las rechazan, las pondré en la alacena del olvido, en espera de que salga otro escritor con más pluma capaz de lograr este tipo de novela policíaca española que yo pretendo... Lo que nadie podrá negar es la nobleza de mi empeño.

F. GARCÍA PAVÓN

PRIMERA HISTORIA
EL CARNAVAL

I EL CARNAVAL

Cuando Manuel González, alias *Plinio*, el jefe de la Policía Municipal, a través de un año de investigaciones sin cuento y de sucesos extraños concluyó con éxito su trabajo, pudo reconstruir de la siguiente manera parte de los hechos ocurridos en la villa de Tomelloso la tarde del Domingo de Piñata de 1925.

Aproximadamente a las seis de la tarde, una persona con un abultado lío de ropa bajo el brazo llegó a un cuartillejo derruido que había en una de las eras que flanquean el paseo del cementerio. Entre sus paredones mutilados había cenizas, piedras ahumadas y cajones de caballería. Por las noches debían de guarecerse allí gitanos u otras gentes trashumantes. En aquel día último y más furioso del carnaval, los paseos del cementerio aparecían completamente desiertos. Bajo un cielo opaco, los árboles cabeceaban al ritmo de un viento persistente y frío. Al final de los paseos, el cementerio. Sobre sus tapias asomaban puntas de cipreses, cruces y la bóveda de algún panteón. Bien muertos estaban los muertos en aquel día de vida desenfundada. Parecía que a aquel gran solar de los tristes ya no iría nunca nadie.

La persona que sólo conocía *Plinio*, durante unos minutos estuvo oculta entre los lienzos de tapial mutilado. Al cabo de ellos salió completamente cambiada. Había deformado su cuerpo poniéndose algo alto sobre la cabeza y envolviendo toda su fábrica humana y postiza con una sába-

na, atada arriba con una cinta roja. La cara cubierta con una media negra, asomaba apenas, como entre cortinas, tras las dos alas de sábana que la máscara sujetaba con las manos, a su vez cubiertas con unos guantes de lana roja bordados en verde. La máscara llevaba un bastón de hierro.

A cierta distancia era difícil adivinar si aquella máscara era hombre o mujer. Tal era la deformación de su cuerpo, añadido por arriba y abultado por todos lados; y tal lo completo de su disfraz.

Ya fuera del cuartillejo y en plena era, aquella fantasmal—por lo ensabanada— máscara echó a andar con la mayor decisión calle del Campo abajo. Marchó silenciosa, con paso decidido, sin dar broma a nadie. Parecía que mejor que a máscaras iba a algo más concreto.

La verdad es que por la calle del Campo no había demasiado carnaval. Algunas máscaras que salían de su casa camino del centro; chiquillos cansados de arrastrar sus capisayos que hablaban ya en civil y sin *quirio* de máscara; y algún desdichado que montado en su mula aderezada con mantas viejas y con una palangana en la *cabeza* a manera de yelmo, espuerta al brazo en lugar de rodela y caña de mirasol en ristre, iba calle adelante al paso contenido de su andadura, canturreando un fandanguillo flamenco en espera de sitio adecuado para su acción.

Por las esquinas, muy ligera, al encabritado compás de su pasodoble bandurriero, pasó una estudiantina con trajes negros y coronas de flores. El pandetóforo se buscaba los calambres del codo con su parche, y algunos tunos, sin instrumento, quedaban retrasados ofreciendo las coplas impresas de su música.

Cuanto más se aproximaba la máscara a la *plaza*, mayor era el bullicio y la concentración. Resultaba trabajoso andar. Había que sortear con dificultad los grupos de máscaras y gentes sin disfraces que se formaban en todos sitios con cualquier pretexto. Ya en la plaza era imposible dar un paso. La gente se arremolinaba sin orden ni dirección. Entre el

vocerío y los gritos de las máscaras, a veces, sin saber de dónde procedía, llegaba el redoble de un tambor, el tocar de un cencerro, o los ahogados acordes de una orquesta de cuerda. Desde el balcón del Ayuntamiento, por ejemplo, la plaza presentaba el aspecto de una enorme tortilla formada de cabezas tocadas con colorines, que se movían sin cesar en todas direcciones.

En un rincón de la plaza, junto a la «Posada de los Portales», estaba parado un carro grande. En torno a él había mucha gente. En la parte trasera había un tabladillo separado del interior por unas cortinas. A este tabladillo, como si fuera escenario, salían unos mozos vestidos de manera caprichosa, con la cara pintada de tizne o pimentón, que recitaban por turno unas escenas en versos ripiosos. Estas piezas bárbaras habían sido compuestas por ellos mismos — gañanes— en sus noches de quintería para hacerlas en carnaval.

La máscara, a aquellas horas, lo mismo que *Plinio*, debió de ver en el tabladillo a un mocetón con grandes barbas hechas de rabo de mula que recitaba un monólogo, que ripio a ripio, era así poco más o menos:

*Y mientras tos amos comen
en mesas enmanteladas,
los pobrecitos gañanes
nos hacemos unas gachas.*

*Ellos, en el casino y de caza
y los míseros gañanes
con las mulas en el haza.*

*Aunque haga mal horage
o el sol pele las espaldas
los pobrecitos gañanes
les damos «pá» ir a la plaza...*

La gente se reía a gusto, no sólo por la letra, sino por los desmedidos ademanes de los actores y sus voces a todo grito.

Luego salió un segundo personaje a las tablas, vestido de mujer copiosa a fuerza de almohadas en ésta y aquella parte, que dijo al de las barbas de mula:

*Apártate maniqueo
que debías comer paja.
Tanto criticar al amo
pareces una criada.*

El de las barbas:

*Yo es que digo las «verdás»
y harto estoy de tanta raja;
tú eres una pelotilla
que al amo chupas las bragas.*

Mujer:

*Yo soy la casera «honra»
que me sobra con la paga.
Tengo gallinas, dos guarros;
«tó» lo demás, peroratas.*

El de las barbas:

*Y lo que robas al amo
¿te lo callas?*

A este tenor siguió la representación durante largo rato. Cuando el público se aburría, los del carro echaban un tra-

go, se metían entre las cortinas, y buscaban otro lugar, siempre en las calles más céntricas.

La máscara, según *Plinio*, debió de cruzar la plaza con gran esfuerzo hasta desembocar en la calle de la Luz. En la esquina se detuvo sin apartar los ojos de la puerta de la casa de doña Carmen. Casa antigua, de piedra, con pesados balcones de hierro forjado y puerta de nogal con llamadores altísimos. Allí, según los cálculos del Jefe, debió permanecer más de una hora en espera de lo que ella sabía. En el entretanto debió de ver muchas cosas. Unas las contó la propia máscara un año después; otras no tuvo por menos que verlas, ya que por aquel lugar y a aquella hora las vio el mismo Manuel González, alias *Plinio*.

Por ejemplo, muy cerca de donde estaba parada y acechante la máscara había una tiendecita improvisada donde se alquilaban trajes de pierrot, de payaso, dóminos; se vendían caretas, serpentinas, confetti. Como muestra había sobre la puerta colgado un pantalón rojo, cuyas perneras vacías tije-teaban, movidas por el viento.

Dentro, y medio oculto por unas cortinas —esto lo contó la máscara—, un hombre se vestía precipitadamente un pierrot negro con botones rojos. Era el médico, don Antonio. Cuando salió a la calle dispuesto a correrse la gran broma, nuestra máscara, casi sin saber lo que hacía y tal vez por aburrimiento, se acercó a darle la broma, su primera broma de la tarde.

—¡Que no me conoces, Antonio, que no me conoces!

El pierrot negro recibió la broma con cierta perplejidad.

¿Dónde se había visto que una máscara diese broma a otra? ¿Cómo era posible que le hubieran conocido? ¿Es que iba tan mal disfrazado? Don Antonio miraba a la máscara sin saber qué hacer ni qué decir.

La máscara o mascarón persistía:

—¡Que no me conoces, Antonio, que no me conoces, parece mentira!

Tanto debía de desconfiar el médico de su disfraz recién puesto que comenzó a mirarse de arriba abajo, como buscándose la ventanilla por donde se le identificaba.

Por fin dio media vuelta y sin decir palabra desapareció entre la gente.

Nuestra máscara, marchado el médico, como decepcionada, volvió sobre sus pasos hacia la esquina de la calle de la Luz. Allí se detuvo nuevamente y como quien aguarda a la novia, sin perder nunca de vista la puerta de la casa de doña Carmen, se distrajo en ver pasar las máscaras y la gran algazara de gente que por todas las calles subía hasta la plaza próxima.

De pronto desembocó desde la plaza hacia la misma calle de la Luz donde la máscara estaba un grupo de chiquillos que rodeaban a un gran mascarón. Éste andaba muy parsimonioso y dándose gran importancia. Por fin, se detuvo en la esquina frontera a la que ocupaba la máscara, que *Plinio* conoció un año después.

Era un mozo muy fornido. Llevaba la cara manchada de pimentón. Se vestía con una chambra de mujer, pañuelo a la cabeza, también de mujer, cortísima falda que apenas le cubría los muslos; medias negras que forraban sus enormes piernas y alpargatas blancas. Tenía un aspecto grotesco y terrible a la vez. A pesar de ser hombre, las prendas de mujer sugerían una oscura impudicia.

El mascarón de las medias negras miró a un lado y a otro como para comprobar la importancia de su auditorio. Como le debió de parecer suficiente, luego de carraspear, comenzó a dar grandes voces, al tiempo que mostraba un pequeño trompo o peón de color verde con una mano, y una guita trompera en la otra. Decía:

—«Acuda, acuda el respetable gentío, mozas en particular, y verán cómo baila mi trompo trompero. Su rejo hace virutas en el corazón... Acudan, que nadie, que ninguna moza en particular quede repisa de no haber visto bailar a mi trompo trompero que en cada vuelta hace un novio y en

cada cabeceo una boda... Acudan las mozas en particular a ver mi trompo trompero, verde como el perejil, picante como la guindilla, criador de novios, trompo del amor es el que yo bailo».

Y así seguía su perorata llena de requiebros para su trompo verde... Y hablaba abriendo mucho su boca de grandes dientes amarillos que resaltaban en su cara pintada de almagre.

La gente se detenía ante aquel hombrón. Y muchos que ya lo habían visto representar, se frotaban las manos esperando el desenlace.

—Ya verás, ya verás, el remate es la monda...

—«... Que pronto va a bailar y pronto van a sentir las que lo vean el rejillo de mi trompo escarabajarles en el tintero... y llegar los novios en racimos... y tendrán buena cuaresma, cuaresma de manos calientes».

En un balcón que daba sobre la esquina donde el mascarón estaba se asomaron dos señoritas. Cuando el mascarón las vio se dirigió a ellas:

—«Qué lástima que estéis tan altas, hermosísimas pichonas, no vais a poder ver desde ahí cosa buena, ni sentir el rejillo de mi trompo...».

Cuando los espectadores comenzaban a dar pruebas de impaciencia por tan largo prólogo, el mascarón, que había ido liando la cuerda en el trompo lentamente mientras decía sus últimas palabras, soltó el peón a golpe de tralla sobre el suelo de la acera. Y mientras la peonza bailaba sola arrimada a la pared y todos la miraban ahincadamente aguardando el tan voceado milagro, él añadía:

—«Todavía no, señores; todavía no... Será ¡ahora!, cuando yo lo tome con mi mano».

Y con mucha ceremonia, doblando su tronco hacia delante cuanto podía, de manera que sus cortas faldas se subieron al cielo, se agachó a tomar el trompo, dejando a la vista de los espectadores aquella postrera y enorme parte de su trasero completamente desnuda...

Las mozas comenzaron a gritar y a correr espantadas. Los hombres y chiquillos a reír. Las señoritas del balcón que no lo habían visto bien miraban hacia unos y otros por ver si sacaban la causa de aquella algazara.

Hecha y deshecha su flexión, el mascarón, muy serio, tomó su trompo y se disponía a marchar entre la chiquillería que lo rodeaba, cuando súbito se presentó *Plinio* que había estado escuchando y tomando del brazo al mascarón, sin decirle palabra, se lo llevó hacia el Ayuntamiento, en cuyos sótanos estaba la cárcel del pueblo.

La máscara que acechaba en la esquina de la calle de la Luz parecía impaciente. Sus ojos seguían fijos en la puerta de la casa de doña Carmen.

Comenzaba a anochecer y a la luz de las lámparas eléctricas se veía mejor la espesa nube de polvo que pesaba sobre las calles.

De pronto la máscara de la esquina hizo un imperceptible movimiento de defensa, como si quisiera ocultarse.

La puerta de la casa de doña Carmen se había abierto levemente, y una mujer de unos sesenta años, menudita, vestida de negro, con mantón y pañuelo de seda en la cabeza, echó calle de la Luz arriba. Llevaba un cacharro para la leche en la mano y caminaba con prisa, como huyendo del carnaval. La máscara ensabanada, pegada a la pared de la acera de enfrente, iba tras la mujer, Antonia, la vieja sirvienta de doña Carmen. Caminaba con cierta precaución, sin perder de vista el pañuelo de seda negro.

Antonia dobló por el callejón de la Vaquería, completamente desierto hasta en un día de carnaval. Era un callejón que unía dos calles principales. Estaba sin urbanizar, sin luces. Sólo daban a él traseras y portadas de edificios con fachadas a otras calles. No había más entrada principal a este callejón oscuro que la vaquería de Quintero.

Al llegar al callejón la máscara fue más cautelosa. Se escondió en el quicio de una portada y aguardó a que Antonia, una vez comprada la leche, volviese por sus pasos. No